

## **COLORES, OLORES, DOLORES Y HORRORES ... EN LA NOVELA** **INTEMPERIE, DEL ESCRITOR EXTREMEÑO JESÚS CARRASCO**

**Gracineia dos Santos Araujo**

El extremeño Jesús Carrasco (1972) debuta con fuerza en el escenario literario español, publicando la novela *Intemperie* (2013) que, tras su exitosa aceptación internacional, arranca el suspiro de los lectores en España e invita a reflexionar sobre la esencia y el sentido de la vida y de las relaciones socio-familiares. El autor ambienta su narrativa en el marco rural, abordando la violencia y la explotación como uno de los problemas más recurrentes en el universo campesino.



Figura 1: Jesús Carrasco,  
o Autor

La novela *Intemperie* está protagonizada por personajes anónimos que pueblan un mundo árido, castigado por largos periodos de sequías, marcado por el autoritarismo de los más "poderosos", contrastando con la indefensión y los sueños de los más débiles; un mundo que obedece a una lógica de explotación y persecución, de frialdad y horror, donde el espacio y el tiempo se funden y se confunden en un profundo agujero. En ese escenario, un niño, "el niño", huye

de la violencia que le rodea, tanto en el ámbito familiar como social, y va en búsqueda del norte, de su norte, destino al que nunca llega, donde sueña con una vida nueva, en un ambiente apropiado para vivir.

El protagonista anónimo, niño de temprana edad, es la representación fiel de los "más pequeños" del campo, personas mayores o no, que padecen los malos tratos físico y psicológico de sus "amos", estando expuestos a todo tipo de violencia, a estar sometidos a unas condiciones de vidas inhumanas. Son seres sin voz ni vez, desprotegidos y abandonados por el destino y el tiempo, criaturas que padecen las agruras de una sociedad despiadada, inclemente e intolerante; dominados por prototipos calculadores, que bordan lo salvaje, adueñados del mundo que les rodea y controladores de los sueños y esperanzas; sujetos abominables, faltos de humanidad, devoradores de sueños y rebosantes de tiranía. Indudablemente, Jesús Carrasco es consciente que la violencia que ocurre en el mundo rural es algo desolador, que los castigos de un cielo inclemente y una naturaleza impiedosa son un añadido más en el futuro incierto de tantas infancias perdidas, de los sueños frustrados, de las esperanzas vanas...Carrasco subraya la vulnerabilidad social a la que están expuestos los más débiles, esa falta de libertad que, por sí sola, se convierte en algo mucho más dañino que fenómenos naturales como la escasez de agua o el infierno ardiente aportado por gran calor del sol.

En esta novela, podemos hablar de la violencia doméstica, o la explotación del trabajo infantil, esa degradación de las "buenas costumbres" y los valores de familia que, según la tradición cristiana, debería ser la base de sustentación del ser humano. Todo ello, presente de manera muy acentuada en el entorno campesino. El anhelo del niño sin norte, en busca del norte, es pretender llegar a un lugar digno de supervivencia, encontrarle el verdadero sentido a la vida y a la existencia; depararse con un mundo que le confiera significado a su propio mundo, que le acoja, le respete y le reconozca en su condición de niño. Su sencilla realidad de niño, indefenso, le condena a estar esclavizado por el alguacil, a estar sometido a la exclusión del derecho a la infancia, como si no tuviera bastante con vivir en un mundo tan hostil. Por eso, la necesidad más urgente de ese niño sin nombre, hijo de un padre también sin nombre, maltratador por excelencia, es intentar alejarse definitivamente de todo lo que le hace daño.



**Figura 2 el Cabrero**

Esta necesidad de fuga ocurre desde los primeros renglones de la narrativa y está claramente explícito en cada página de la novela. El "niño-fugitivo" necesita descubrir su verdadero mundo, encontrar el significado de su existencia y tomar posesión de ese universo que se le presenta de manera abstracta. Entender la historia, a partir de las huellas que va encontrando a lo largo de su partida, consiste una de las prioridades de sus nuevos descubrimientos. De ahí que, tras las pocas, pero infinitas horas que proceden su huída, el encuentro con el viejo cabrero le va a cambiar para siempre su vida.

Extendido como una verdadera plaga, el autoritarismo consiste una especie de carcinoma que corrompe las conciencias y amenaza el futuro de generaciones enteras. Esa "decadencia" de los valores cristianos parecen ser el responsable número uno para el abandono del seno familiar y la huída en búsqueda del norte.

La realidad de la que proviene el niño es una realidad sin nombre, corroída y corrompida por la arbitrariedad y violencia que le caracterizan, tan

deshumanizada y destructiva que sus “responsables” son seres igualmente anónimos, que permanecen en su oscuridad, siendo dueños de sus propias verdades absolutas y razones incuestionables. En medio a estas circunstancias, la inocencia del niño está sometida a la explotación y al abandono. Sin embargo, sus ideas, sus anhelos y su ingenio le hacen responsable por el cambio de la realidad, lo que le permite trazar un nuevo destino para su vida.

En la fuga emprendida, el niño está vulnerable a las adversidades del tiempo y del espacio. Aunque sea firme en sus ideas, la criaturita no posee una fuerza y resistencia física que le faciliten la vida. Su propia condición de niño le impone unos límites imposibles de romper, y acaba más fragilizado, magullado, desesperanzado. Sin embargo, por detrás de un cuerpo esmirriado y sufrido, aparentemente incapaz, se esconde una grandeza peculiar, una resistencia fragilizada, suficientemente fuerte para superar las adversidades del espacio y del tiempo, representadas por un sol inclemente y un terreno pedregoso, ingrato por naturaleza, sediento y devorador de sueños y esperanzas; fértil para ensueños y desilusión; voraz y desolador.



**Figura 3 Jesus Carrasco**

Ni la escasez de agua, ni el miedo, ni la oscuridad son obstáculos que imposibilitan la fuga de este niño ávido de un mundo nuevo. Aun emprendiendo un camino que parece no tener fin, el niño está dispuesto a seguir su destino, acompañado solamente de su osadía y, futuramente, del cabrero que le va a acompañar hasta los últimos minutos de su vida. Sus esperanzas se van apoyando en la creencia de algún día encontrar el norte, su norte, portando y almacenando en el macuto (su único y preciado bien material), un mínimo de los escasos víveres que va consiguiendo por el camino, de manera ocasional, a veces adquirida de manera ilegal.

El niño huye de la “flor negra de la familia” con el deseo de reaparecer a muchos kilómetros del pueblo. No importa cuándo, ni cómo, ni dónde...lo que importa es lograrlo lo antes posible; seguir soñando y aventurándose por los campos áridos que le esperan por delante. Sus primeros pasos parten de un agujero minúsculo, en el que se tiene que esconder por largas horas, protegiéndose de la algarabía del pueblo y escondiéndose de las miradas cortantes de quienes, a lo largo de su existencia, ha prescindido de darle

importancia, de respetarle y protegerle en su insignificancia. Entre esas miradas navajizas, especialistas en taladrar los sueños y la infancia, reluce la figura del padre y de la hebilla de su cinturón gastado.

La hostilidad del entorno, la violencia y la reducción de la infancia en esclavitud y autoritarismo...atestiguan el estado máximo de ignorancia en que viven muchos seres humanos, "conocidos", teóricamente cercanos y "protectores", como es la figura del padre del niño. He llegada la hora de partir, adornada por la necesidad y urgencia de "perseguir" el Edén terrenal, una especie de paraíso donde nadie se crea digno de robar la infancia, ni oscurecerla; donde vivir sea un derecho y no una obligación; un lugar donde los niños sean niños y no adultos-precoces, sometidos a los castigos y los quereres de un amo, sea éste padre, allegado o "señor".

Una vez emprendida la fuga, aún dentro del hoyo en el que se encuentra, se inaugura un nuevo tiempo para la infancia del niño. Con ello, logra reunir a los habitantes del pueblo, cuyas huellas del trabajo duro del campo se dejan ver en sus rostros, provocando un verdadero acontecimiento en el pueblo. A posteriori, el niño se desplaza no por lugares conocidos, olisqueados por él, sino por un mundo laberíntico, impregnado de obstáculos y sorpresas de todo tipo, de las que él era imposible imaginar. Le esperarían noches lúgubres, terrenos pedregosos, distancias casi infinitas e inciertas; le devoraría el miedo, le invadiría la certeza continua que nada le sería fácil, que la persecución era cierta y que no podría contar con la bondad del cielo ni de los hombres, pero retroceder no formaba parte de sus planes, salvo en algún momento de nostálgica, de anhelo de compartir la nueva experiencia con otros niños de su edad.

Lejos de mostrar una visión idílica del mundo rural, Jesús Carrasco nos conduce a un mundo castigado por la intemperie, dueño de una naturaleza impiadosa, donde la vida parece carecer de importancia, distante de poseer una lógica coherente, un camino lineal; una realidad donde el hablar no ocupa lugar, donde el silencio dice más que las palabras y los gestos edifican el futuro, pasando a formar parte del día a día de los fugitivos como algo vital para el recorrido que llevaría hacia no se sabe dónde. El largo recorrido que emprende el niño en su fuga está marcado por todo tipo de colores, olores..."olores que no debería estar oliendo, pero que él había buscado. Olores que lo alejaban de la madre"); colores... marcados por una textura polvorienta y rojiza dejada por el caer de la tarde o por los amaneceres amarillentos, que iluminan o ensombrecen el viaje hacia ninguna parte.

Intemperie es una novela de perseguidos, de impotencia...a lo largo de los 11 capítulos que componen la obra es imposible no rememorar hechos históricos que han marcado para siempre el destino de la humanidad, como el tráfico negrero, implementado entre los siglos XVI-XVIII por las grandes empresas "conquistadoras", que han esclavizado, violentado y condenado a miles de negros africanos en el arduo cultivo de la caña de azúcar de allende los mares. Tampoco es posible no conectarse con la novela Vidas Secas (1937-1938), del escritor brasileño Graciliano Ramos, donde narra la fuga de una familia del sertão nordestino brasileño, que abandona su terruño, huyendo de la miseria, del hambre y de la opresión, hacia no se sabe dónde, acompañados de Baleia, la perrita que les acompañaba, que, al igual que el perro del cabrero

era de esos animales sin estirpe, " empequeñecidos por los infinitos cruces genéticos" , sin pedigree, pero rebosante de importancia y significados.

Sin nombres ni apellidos, los protagonistas de la novela carecen del cultivo ilustrado de valores hincados en la tradición cristiana, cuyo envilecimiento conduce a los más poderosos a errar por caminos egoístas y peligrosos, rebosantes de arbitrariedad y violencia. El niño lo recuerda todo con horror la violencia doméstica vivida en el seno de su hogar, con un padre autoritario y una madre sumisa, indefensa ante la brutalidad humana de un marido maltratador. En medio a esas y otras tortuosas circunstancias, gran parte de la novela ocurre en un recorrido extremadamente árido y peligroso, invadido por el miedo y por la desilusión, marcado por la desconfianza y el oscurantismo en los que está sometido el niño durante su larga e incierta huída. Diferentemente de la mayoría de la gente que ha abandonado el pueblo a causa de una sequía extrema, el niño huye de la tiranía, no de la miseria y del hambre, emprendiendo siempre grandes batallas en pro de su supervivencia, libertad, protección y seguridad. No obstante, es la oscuridad que sigue ganando la batalla.

En la lucha constante entre la vida y la muerte, el niño encuentra en el viejo cabrero el puerto seguro que le ayudará vencer los obstáculos de manera más llevadera. No obstante, tampoco puede fiarse al cien por cien en la figura de aquél pastor desconocido que apenas emitía pocas, pero contundentes palabras de las cuales prescindía muchas veces, optando por intercambiar gestos o miradas. Por otro lado, tampoco puede librarse de un sentimiento de culpa, y cree que, al igual que las quemaduras del sol, se merece la familia que tiene y el hambre que padece. Todo eso, con el goteo de la consciencia que retumbaba en sus oídos, haciéndole recordar siempre el "algo malo" que no le permite desconectarse de la imagen del padre que le atormenta a cada instante.

Expuestos a la intemperie, fragilizados por el hambre, la sed y las provisiones en general rancias, niño y viejo se desplazan bajo un cielo impiedoso, pisando un suelo pedregoso que les impide avanzar con pasos rápidos, manteniendo la rutina de la naturaleza sin apenas modificarla, con un ritmo tan lento que no les permite, ni siquiera, hacer levantar el polvo. En esta perspectiva, desprovistos de certezas y de norte, se ayudan y se necesitan mutuamente, lo que resultaría menos martirizador el largo recorrido entre restos de huesos de animales que, desperdigados como setas en otoño, les adornan la vista y les corroen los sentidos y las esperanzas. No obstante, siempre acompañados por los recuerdos que le animan a seguir adelante.

## **BIBLIOGRAFÍA**

BAUDELAIRE, Charles. (1995): El pintor de la vida moderna. Trad. Alcira Saavedra. Murcia, Colegio de Aparejadores y Arquitectos Técnicos. Librería Yerba – Cajamurcia.

BOSI, Alfredo. (2003): Ensaio de crítica literária e ideológica. São Paulo: Duas cidades: Editora 34.

CANDIDO, Antônio. (1980): Literatura e sociedade. Estudos de teoria e história literária: 6ª Ed. São Paulo, Companhia Editorial Nacional.

CARRASCO, Jesús. (2013): Intemperie. Barcelona: Seix Barral.

ECO, Umberto. (1996): Seis paseos por los bosques narrativos. Barcelona: Editorial Lumen, S. A.

LUCKÁS, Georg. (1996): Sociología de la literatura. Barcelona: Ediciones Península.

BAUMAN, Zygmunt. (1998): O mal-estar da Pós-modernidade. Rio de Janeiro: Jorge Zahar.